

*Las limitaciones de la paz:  
Diplomacia y colaboración económico-militar  
entre España y el Imperio  
en torno a la paz de Westfalia (1644-1659)*

Antonio José Rodríguez Hernández<sup>1</sup>

En 1648 el emperador Fernando III, que siempre había sido partidario de la paz, firmó unilateralmente el tratado de Münster, dando por terminado el enfrentamiento con Francia, y el tratado de Osnabrück, que hacía lo mismo con Suecia, lo que dará lugar a la llamada paz de Westfalia. Pero la paz, y las concesiones realizadas durante los años anteriores a los príncipes del Imperio, supusieron el debilitamiento del poder imperial a favor de los príncipes alemanes, y la fragilidad de la causa común entre las dos monarquías Habsburgo. El emperador no solo abandonaba a España en su lucha contra la Francia de Mazarino, sino que a través del *Instrumentum Pacis Monasteriensis* se limitaba la colaboración militar entre ambas coronas y la posibilidad de que el emperador acudiera a la defensa del Círculo Burgúndico (*Burgundischer Reichskreis*: Países Bajos españoles y el Franco Condado), pese a que estaban dentro de los límites geográficos del Imperio. A ello se sumaban también las presiones de los electores del Rin –especialmente los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia, y el elector del Palatinado–, que apoyados por Francia dificultaban la llegada de tropas a los Países Bajos, y por ende la colaboración militar entre ambas monarquías<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Este trabajo se ha realizado en el marco del proyecto de investigación de I+D: *Venalidad de cargos y honores en la España del Siglo XVIII* (HAR2008-03180), financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación.

<sup>2</sup> J. BÉRENGER: “La collaboration militaire Austro-Espagnole aux XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles”, en A. MOLINIE & A. MERLE (eds.): *L’Espagne et ses guerres. De la fin de la reconquête aux guerres d’indépendance*, París 2005, pp. 26-27.

Pero antes de la propia paz, en las relaciones entre España y el Imperio se produjeron cambios, confirmando la paz una tendencia de transformación y una evolución más que un cambio radical. Si bien a comienzos del siglo XVII las ambiciones, fines y causas de ambas potencias eran las mismas, conforme fue pasando el tiempo ambas monarquías se distanciaron enormemente. La causa religiosa aglutinó los esfuerzos militares y económicos de ambas naciones durante la guerra de los Treinta Años<sup>3</sup>, pero con la paz de Westfalia la clara unión se rompió, al establecerse una paz separada. Ya antes las tensiones se habían producido, especialmente durante los años precedentes, pero este hecho era trascendental, ya que España había entrado en guerra para defender tanto sus intereses como los del Imperio, por lo que la salida unilateral del emperador dañaba las relaciones bilaterales y la confianza española en el Imperio, como el gran aliado a tener en cuenta.

La colaboración militar y económica entre ambas ramas de los Habsburgo, han sido dos de los aspectos que menos atención han tenido entre los especialistas, y más en concreto entre las décadas de 1640 y 1650. En esta época se fragua la decadencia y la derrota final de los Habsburgo en Alemania, y posteriormente la de la España de Felipe IV frente a la Francia de Luis XIII, en un conflicto heredero de la guerra de los Treinta Años, pero que tenía que ver más con la supremacía continental que con la religión. Dentro de la guerra de los Treinta Años, las épocas anteriores son mejor conocidas, tanto por la historiografía española, que se centra en las etapas más brillantes y llamativas de la intervención militar española en Europa<sup>4</sup>, como por la historiografía alemana e internacional, que centra su análisis sobre las primeras fases de la guerra y la intervención sueca<sup>5</sup>. En este trabajo pretendemos abordar y desarrollar, gracias a las fuentes de

<sup>3</sup> Sobre las relaciones hispano-austriacas en la primera mitad del siglo XVII: G. MECENSEFFY: "Habsburger im 17. Jahrhundert. Die Beziehungen der Höfe von Wien und Madrid während des Dreißigjährigen Krieges", *Archiv für österreichische Geschichte* 121 (1955), pp. 1-91.

<sup>4</sup> R. RÓDENAS VILAR: *La política europea de España durante la guerra de los Treinta Años (1624-1630)*, Madrid 1961; E. BELADIEZ: *España y el Sacro Imperio Romano Germánico: Wallenstein (1583-1634)*, Madrid 1967.

<sup>5</sup> Entre esta bibliografía resalta la primera época, más estudiada, con libros clásicos como: G. IRMER: *Die Verhandlungen Schwedens und seiner Verbündeten mit Wallenstein und dem Kaiser, 1631-1634*, 3 vols., Leipzig, 1888-1891. Dentro de la bibliografía más moderna, y con una visión de conjunto sobre la guerra y sus ejércitos, destacan R. G. ASCH: *The Thirty Years*

archivo, varios aspectos novedosos de ésta época menos conocida, que han sido poco estudiados hasta el momento, pero que son capitales para entender las relaciones bilaterales ente ambas potencias. Para hablar de ellos en el contexto adecuado, y para desarrollarlos, utilizaremos una evolución cronológica.

*ALIANZAS Y DIPLOMACIA: EL DIFÍCIL CAMINO HACIA LA PAZ*

La alianza militar entre ambas potencias se había producido incluso antes de la guerra de los Treinta Años, ya que entre 1617-1618, españoles e imperiales fueron aliados ante sus pretensiones territoriales y políticas contra Venecia<sup>6</sup>. Los españoles colaboraron con tropas y dinero en la denominada guerra del Friuli o de Gradisca (1615-1617), que concluyó en 1617 con la paz de Madrid, por la cual se restituirían a Austria todas las tierras de Istria y del Friuli. El apoyo militar y económico de la Monarquía hispánica fue importante, tanto en tropas, como fundamentalmente en dinero para financiar la empresa<sup>7</sup>. Con la sublevación en Bohemia de nuevo los gobernantes españoles se afanaron en ayudar al emperador, tanto por los tradicionales lazos que unían ambas casas, como porque el Imperio era el gran aliado español en Europa, siendo su apoyo necesario para que las comunicaciones entre Milán y los Países Bajos permanecieran abiertas. Gracias a esta ayuda militar y financiera, el emperador Fernando II venció en la batalla de Montaña Blanca (1620), pudiendo recuperar Bohemia y asestar un duro golpe a los protestantes. Felipe III envió a Bohemia un ejército considerable, cuyo papel en la campaña fue importante, además de jugosos subsidios económicos para que las débiles arcas imperiales pudieran continuar con la lucha<sup>8</sup>.

---

*War: the Holy Roman Empire and Europe, 1618-1648*, Londres 1997, o la obra traducida incluso al castellano de G. PARKER (ed.): *La Guerra de los Treinta Años*, Madrid 2003; o la visión más reciente: P. H. WILSON: *The Thirty Years War: Europe's Tragedy*, Londres 2009.

<sup>6</sup> R. STRADLING: *Europa y el declive de la estructura imperial española, 1580-1720*, Madrid 1992, p. 80; R. CAIMMI: *La Guerra del Friuli. Altrimenti nota come Guerra di Gradisca o degli Uscocchi*, Gorizia 2007.

<sup>7</sup> Data del dinero distribuido para la guerra en el Friuli, desde el 20 de enero de 1617 hasta que se acabó, años de 1617-1619 (AGS, CMC, 3ª época, leg. 706).

<sup>8</sup> Cuentas de Hurtuño de Ugarte, sobre las prestadas por el embajador de Alemania, Conde de Oñate, 1617-22 (AGS, CMC, 3ª época, leg. 706).

Pero los continuos envíos de dinero a Viena hacían que la alianza fuera cara<sup>9</sup>. A cambio de esta ayuda militar y económica, durante la década de 1620, Madrid deseaba el apoyo militar imperial para estrechar el cerco a los protestantes holandeses, en un ambicioso proyecto que pretendía ahogarles económicamente, y evitar que usaran el Rin y el Báltico para comerciar. Pero el emperador no llegó a ceder ante la presión de Felipe IV y sus demandas de que las tropas imperiales colaboraran con las del ejército de Flandes para vencer a los holandeses<sup>10</sup>. El conde-duque de Olivares intentará con insistencia la participación imperial en las guerras abiertas que mantenía la Monarquía española, pero sin resultados positivos, ante la negativa de muchos de los ministros imperiales, y muy especialmente la de Wallenstein. En febrero de 1632 se firmó con el emperador un acuerdo de ayuda mutua, pero sin resultados aparentes. A pesar de que entre 1632-1633 se enviaron a Viena un millón de florines, para motivar la colaboración alemana, no se consiguió abiertamente el apoyo militar del emperador<sup>11</sup>.

Durante la década de 1630 y los primeros años de la siguiente, las aportaciones económicas españolas al emperador fueron muy elevadas, pero lo conseguido por España no era demasiado. La colaboración militar directa entre ambas ramas de los Habsburgo fue escasa, y a pesar de que el futuro emperador Fernando III y el cardenal infante lucharan juntos en la batalla de Nördlingen (1634)<sup>12</sup>, y de que el emperador colaborara esporádicamente en la defensa del

<sup>9</sup> Sobre la red de Felipe II dentro del Sacro Imperio Romano Germánico y sobre todo sobre el problema del reclutamiento de tropas para los españoles en el Imperio y las tierras hereditarias de los Habsburgo, F. EDELMAYER: *Söldner und Pensionäre. Das Netzwerk Philipps II im Heiligen Römischen Reich*, Wien 2002, y “La red clientelar de Felipe II en el Sacro Imperio Romano Germánico”, *Torre de los Lujanes* 33 (1997), pp. 129-142. Sobre los subsidios españoles al emperador hacia 1600, J. P. NIEDERKORN: *Die europäischen Mächte und der Lange Türkenkrieg Kaiser Rudolfs II (1593-1606)*, Viena 1993, pp. 183-255, y “Spanische Subsidien für den Türkenkrieg, die Markgrafschaft Finale und der Sturz eines Ministers am Hof Philipps III”, *Römische Historische Mitteilungen* 36 (1994), pp. 143-152.

<sup>10</sup> R. STRADLING: *Europa y el declive...*, *op. cit.*, pp. 102-103.

<sup>11</sup> J. BÉRENGER: “La collaboration militaire Austro-Espagnole...”, *op. cit.*, pp. 20-21. H. ERNST: *Madrid und Wien 1632-1637. Politik und Finanzen in den Beziehungen zwischen Philipp IV und Ferdinand II*, Münster 1991, pp. 33-44.

<sup>12</sup> A. VAN DER ESSEN: *Le Cardinal-Infant et la politique européenne de l'Espagne (1609-1634)*, Bruselas 1944; J. ALMIRANTE: *Bosquejo de la Historia militar de España*, Madrid 1923, III, p. 125; M. TOURÓN YEBRA: “Don Fernando de Austria, Infante de España, Cardenal

Franco Condado, los gobernantes españoles siempre se sintieron defraudados por lo poco que los imperiales colaboraban en la lucha contra holandeses y franceses. Aunque la diplomacia hispana intentó repetidamente que el Imperio en bloque rompiera relaciones con la República holandesa, nada se consiguió, ni a nivel comercial ni militar<sup>13</sup>. El problema era que hacia 1640 había un verdadero abismo en las relaciones entre Madrid y Viena, ante sus diversos intereses, ya que los subsidios españoles se estaban utilizando fundamentalmente para luchar contra Suecia y no contra Francia, como deseaban los españoles<sup>14</sup>.

A la altura de 1644, las cosas no iban bien para el emperador, ya que los subsidios españoles eran cada vez más reducidos porque estos debían ser empleados en la península para luchar contra catalanes y portugueses, por lo que las cosas de Alemania debían esperar<sup>15</sup>. La situación era en muchos puntos insostenible para el emperador, que continuamente pedía a Madrid el dinero que se le había prometido. Aunque en 1644, estando Felipe IV en Lérida, se le había ofrecido el envío de 150.000 *thalers*<sup>16</sup> desde España, el despacho de esta cantidad era imposible, pese a lo cual el gobernador de Milán y el virrey de Nápoles seguían enviando pequeños socorros económicos a Viena. Para mejorar la situación se intentó que las remesas pedidas se enviaran desde Sicilia y Nápoles, ya que las arcas de ambos reinos –aunque a esas alturas ya exhaustas– parecían más

---

Arzobispo de Toledo y Capitán General del ejército de los Países Bajos y Borgoña (1609–1641)”, *Revista de Historia Militar* 56 (1985), pp. 60–62. El apretón de manos de ambos líderes fue retratado por Rubens, ante su clara simbología. Este cuadro está custodiado en el Kunsthistorisches Museum, Gemäldegalerie, Viena.

<sup>13</sup> Consulta del Consejo de Estado, 23 de abril de 1635. Información de como los estados de Flandes están debajo de la protección del Imperio, y el Imperio obligado a asistir a su Majestad Católica contra los rebeldes de dichos estados, y a declararlos los enemigos incurridos en el bando imperial, 1635 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.336).

<sup>14</sup> J. LYNCH: *Los Austrias menores: cenit y declive*, Historia de España El País, XIII, Madrid 2008, pp. 344–345).

<sup>15</sup> Carta de don Diego Saavedra Fajardo, Münster, 10 de noviembre de 1644 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.346).

<sup>16</sup> Sobre la equivalencia de las monedas: 1 *thaler* (talero)= 90 *kreutzers* o 1 real de a ocho o 1,5 florines / 1 florín = 60 *kreutzers* / 1 escudo = 50 *pattards* (placas) / 1 real de a ocho = 48 *pattards* (placas) / 1 ducado = 110 *kreutzers* (Fuente: AGS, CMC, 3ª época, leg. 2.445).

capacitadas para ello, sin embargo no se sabía a ciencia cierta si podrían consignar dicha cantidad <sup>17</sup>.

En 1645, ya en Flandes, se sospechaba que bávaros e imperiales empezaban a negociar unilateralmente con franceses y suecos, sin incluir en sus pactos a España. Este temor creaba numerosas suspicacias en los Países Bajos, desde donde se pedía que se redoblaran los esfuerzos para que esto no ocurriera, ya que si la guerra terminaba en Alemania la defensa de Flandes quedaría en entredicho y los franceses y holandeses podrían centrar sus esfuerzos en ese frente, en donde cada vez era más patente la falta de medios y la debilidad de las fuerzas hispanas <sup>18</sup>. En 1646, los ministros del Consejo de Estado eran plenamente conscientes de la voluntad imperial de conseguir la paz. Pese a ello, intentaban continuar con la tradicional alianza, instando a que los ejércitos imperiales se movilizaran y lucharan contra los franceses en Alsacia. El problema era, como decía el conde de Monterrey, que “la monarquía no tiene otros aliados que puedan hacer diversión sobre los enemigos” <sup>19</sup>. A la falta de aliados se sumaba la falta de soldados, especialmente españoles, por lo que también se intentaron dictar órdenes para reunir el máximo número de soldados alemanes <sup>20</sup>, ya que para continuar con la guerra la Monarquía necesitaba urgentemente soldados, los cuales cada vez eran más difíciles de conseguir y venían de más lejos <sup>21</sup>.

Durante 1646, las negociaciones diplomáticas hispanas dejaban claro la voluntad española de aglutinar de nuevo a las potencias católicas, reuniendo en la misma empresa a las fuerzas imperiales, bávaras, de los príncipes católicos alemanes y españolas, para intentar hacer un frente común contra los protestantes y Francia. Pero si España quería conseguir el apoyo imperial y bávaro –en vez

<sup>17</sup> Consultas del Consejo de Estado, 27 de agosto y 30 de octubre de 1645 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.346).

<sup>18</sup> Consulta del Consejo de Estado, 21 de diciembre de 1645 (AGS, Estado, Flandes, leg. 2.064).

<sup>19</sup> Junta de Estado, 8 de enero de 1646 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.348).

<sup>20</sup> Consulta del Consejo de Estado, 8 de noviembre de 1646 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.347).

<sup>21</sup> Sobre los problemas de reclutamiento de mercenarios en esta coyuntura, tanto alemanes como irlandeses y de otras procedencias: R. A. STRADLING: “Filling the Ranks: Spanish Mercenary Recruitment and the Crisis of the 1640s”, en R. A. STRADLING: *Spain's struggle for Europe 1598-1668*, Londres 1994, pp. 251-269.

de la paz unilateral de estos con Francia y el resto de potencias protestantes—, se tenía claro que se debía compensar este apoyo con importantes sumas de dinero, como pedía Trauttmansdorff, el principal ministro imperial. Si España quería que las armas imperiales se dispusieran para la futura campaña, en “beneficio de la causa común”, y que ayudaran a divertir a las fuerzas galas, y que estas no centraran sus ataques sobre los territorios de la Monarquía hispánica, Felipe IV debía pagar importantes sumas, siendo los subsidios la clave para continuar con la guerra. Lo primero que había que hacer era consignar de una manera efectiva los 150.000 *thalers* ofrecidos al emperador hacía más de dos años, aunque no parecía que mediante los asientos generales esto pudiera llevarse a cabo, por lo que se reconocía que para asegurar el pago, este debía realizarse a través de los galeones que traían la plata americana. Además, era conveniente pagar mediante mesadas —es decir consignando estas cantidades por meses de una forma fija—, 200.000 escudos al año, la mitad al emperador y la otra mitad al elector de Baviera, ajustándose la negociación en Münster por el conde de Peñarada, y por Trauttmansdorff por parte del Imperio. Pero todas estas negociaciones encontraban un importante escollo, la falta de dinero, ya que incluso la embajada española en Viena había recibido muy poco dinero para mantener al cuerpo diplomático y a todos los agentes hispanos y cortesanos que estaban en Viena<sup>22</sup>.

En Münster, desde los primeros encuentros diplomáticos, los enviados españoles se dieron cuenta muy rápidamente de que la voluntad del emperador era la paz, aunque esta fuera a un alto precio, estando dispuestos los ministros imperiales a hacer amplias concesiones, ya que su ejército se había reducido considerablemente ante la falta de fondos, hasta el punto de que se preveía un motín generalizado de la tropa. Los españoles siempre se quejaron de la “doblez” alemana en las negociaciones, y de la continua intromisión gala, ya que los franceses tenían comprados a muchos representantes alemanes y a muchos de los ministros bávaros e imperiales<sup>23</sup>.

El elector de Baviera, el gran príncipe católico, desde 1646 aumentó su presión sobre el emperador para intentar una paz conjunta y llegar así a un acuerdo

<sup>22</sup> Consultas del Consejo de Estado, 31 de julio, 14 de noviembre y 20 de diciembre de 1646 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.347); carta a don Fernando Ríos de Contreras, Madrid, 16 de enero de 1647 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.350).

<sup>23</sup> Junta de Estado, 20 de julio y 26 de octubre de 1646; carta del duque de Terranova, Linz, 4 de mayo de 1646; carta anónima, Münster, 11 de junio de 1646 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.347).

en mejores términos con protestantes y suecos<sup>24</sup>. El emperador, en parte, cedió a la presión, alegando ante los ministros españoles lo mucho que había sufrido toda Alemania durante los 28 años de guerra anteriores, lo arruinados que estaban los campos y pueblos, además de afirmar lo poco que apoyaban a la causa el resto de príncipes del Imperio<sup>25</sup>. El problema para los españoles —lejos de no entender los padecimientos que había sufrido toda Alemania con la guerra—, era que sabían que los ministros imperiales y bávaros que asistían a las negociaciones de Münster concederían la paz a cualquier precio, y cederían a Francia —sin contemplaciones ni más negociaciones, y sin buscar el apoyo hispano— Alsacia y la plaza estratégica de Breisach. Estas pérdidas territoriales afectaban demasiado a las líneas de comunicación hispanas en Europa, y su cesión impediría retomar el “camino español” por tierra, lo que perjudicaba los intereses españoles y dañaba el sistema defensivo hispano, eliminando su corredor militar más importante<sup>26</sup>. En Madrid, el Consejo de Estado se mostró tremendamente sorprendido ante las informaciones que le llegaban de Viena a través de su embajador, y de la actitud de los ministros imperiales de firmar una paz a cualquier precio, sin tener en cuenta los intereses de la otra rama de los Habsburgo. Esta sorpresa e indignación se expresó por carta, usando el Consejo las siguientes palabras para referirse a la paz que planeaba el emperador: “jamás se imaginó pudiera llegar a partidos tan bajos con la corona de Francia”<sup>27</sup>.

Pese a estos sucesos, y las sospechas de una posible paz unilateral, las relaciones diplomáticas entre España y el Imperio continuaron siendo buenas, como se advierte en la correspondencia cruzada. Esta centraba parte de las culpas en la “inapropiada” separación del duque de Baviera de la causa común —ya que este había firmado, en marzo de 1647, la tregua de Ulm con Francia y Suecia,

<sup>24</sup> Junta de Estado, 8 de enero de 1647 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.350).

<sup>25</sup> Copia de la primera respuesta dada por su Majestad Cesárea al diputado del Elector de Baviera, 3 de noviembre de 1646, traducida del alemán (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.350).

<sup>26</sup> Sobre el “camino español”, G. PARKER: *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*, primera edición en inglés con el título *The Army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659: The logistics of Spanish Victory and Defeat in the Low Countries Wars*, Cambridge 1972.

<sup>27</sup> Copia de la carta del duque de Terranova, 6 de noviembre de 1646, carta del Consejo de Estado al duque de Terranova, Madrid, 17 de enero de 1647 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.350).

renunciando a su alianza con el Sacro Imperio Germánico—, pero nada decía de los intentos imperiales en pro de la paz. Felipe IV escribía al emperador por mano del secretario Pedro Coloma, tratando a Fernando III de hermano, alabando su sinceridad y confianza, a la vez que carga tintas contra Baviera y su inesperada actitud, ya que hasta la fecha habían mantenido intereses políticos y religiosos comunes. La separación unilateral del duque de Baviera de la causa católica, y el distanciamiento de este con respecto del emperador, pillaron por sorpresa a ambas ramas de los Habsburgo. De hecho, el duque Maximiliano I tenía importantes vínculos de sangre con el emperador —al estar casado con la hermana de este—, y gracias al apoyo que había prestado a la causa Habsburgo, frente al elector palatino, había conseguido ser nombrado Elector en 1623<sup>28</sup>. El distanciamiento lo achacaba Felipe IV a la “malignidad” de los enemigos, por lo que instaba al emperador a que no se dejara llevar por los acontecimientos, para que ambos hermanos aguantaran con firmeza y perseveraran en la “perpetua unión” que habían practicado durante los años anteriores. Felipe IV reconocía que nunca faltaría a su palabra, ni a su alianza, para que conjuntamente ambos resistieran a los enemigos comunes que procuraban la ruina de ambas líneas de la Casa de Austria. Para demostrarlo, Felipe IV recordaba a Fernando III los grandes esfuerzos que había hecho la corona española para conservar la grandeza y autoridad imperial, en clara alusión a las continuas colaboraciones militares y económicas que España venía dando al emperador. En esos momentos la Monarquía hispánica estaba superada por sus múltiples compromisos bélicos, y sus gastos eran muy elevados ante la extensión de la guerra en España, Lombardía, Nápoles o Flandes. Pese a esta delicada situación, la Monarquía era consciente de las necesidades del emperador, por lo que intentaba ponerse al corriente de las mesadas económicas prometidas<sup>29</sup>.

El tendón de Aquiles del emperador era el dinero, por lo que esta materia fue el motivo de gran parte de los diálogos diplomáticos de la época. En 1647, el embajador imperial en Madrid seguía pidiendo 500.000 *thalers* para continuar la guerra, 200.000 a principio de la campaña militar —para financiar el reclutamiento de nuevos contingentes—, y otros 300.000 para el mes de octubre,

<sup>28</sup> Sobre la figura de Maximiliano I. A. GRAUS: *Maximilian I: Bayerns grosser Kurfürst*, Graz 1990.

<sup>29</sup> Copia de un papel que el secretario Pedro Coloma ha escrito al señor embajador marqués del Carreto (embajador imperial en Madrid), Madrid, 15 de julio de 1647 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.349).

para ayudar a la conservación de las tropas durante la internada. Esto era necesario por el corto ejército de que disponía el emperador, y por estar su caballería desmontada ante la falta de numerario, por lo que no podía luchar en igualdad de condiciones al ejército sueco, que aunque solo disponía de 40.000 efectivos en Alemania, eran más que las tropas imperiales. Algunos de los ministros que componían la Junta formada para tratar el tema se mostraron muy reticentes a ofrecer la ayuda económica, ante los apuros por los que pasaba la Monarquía en todas partes, y a sabiendas de la voluntad imperial de pactar a cualquier precio. Pero se veía conveniente seguir ayudando a la casa cesárea en lo posible, ante su determinación de continuar luchando, aunque esta voluntad terminase debilitándose con el tiempo<sup>30</sup>.

Durante 1648 la voluntad católica que en Alemania intentaba resistir a la paz continuó, aunque cada vez más débil. El emperador realizó durante la primera mitad del año un doble juego diplomático. Mientras que se concretaban los tratados unilaterales con franceses y suecos en Münster y Osnabrück, este seguía reclamando a España importantes cantidades económicas para continuar la guerra y seguir siendo un aliado activo y fiable. En enero el duque de Terranova, embajador español en Viena, informaba a Madrid de las malas condiciones económicas que había en las arcas de la embajada. Además, avisaba de que en esos momentos las consignaciones concedidas al emperador se encontraban detenidas, y solo una parte se habían podido entregar efectivamente. La situación económica era bastante apurada, ante la falta de fondos, ya que desde hacía tiempo los ingresos ordinarios consignados en las rentas de Sicilia no llegaban, debido a las rebeliones que habían estallado tanto en Sicilia como en Nápoles<sup>31</sup>. De hecho, el embajador, ante la escasez de fondos, hacía ya 41 meses que no cobraba su sueldo. Pese a ello, desde Viena, Terranova avisaba de la importancia de continuar asistiendo al emperador, ante “su sumo aprieto de necesidad”, debido a la clara conveniencia de que las dos líneas de los Habsburgo se asistieran mutuamente. Además, el embajador insistía en la utilidad de hacer alguna demostración de agradecimiento, dando joyas a algunos de los ministros del emperador que se habían destacado, para

<sup>30</sup> Junta de Estado (en la que concurrieron el embajador de Alemania, el conde de Monterrey, el marqués de Leganés, el conde de Chinchón y don Francisco de Melo), Madrid, 8 de junio de 1647 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.349).

<sup>31</sup> Sobre estas revueltas, L. RIBOT GARCÍA: “Las revueltas italianas del siglo XVII”, *Studia Historica. Historia Moderna* 26 (2004), pp. 101-128.

potenciar la lealtad entre ellos, con la clara intención de captar voluntades, pero el dinero faltaba, por lo que esta política era inviable <sup>32</sup>.

En junio el embajador imperial en Madrid, el marqués de Carreto, volvía a insistir en el envío urgente del dinero prometido al emperador, siendo plenamente consciente de que pedía un imposible, ante el conocimiento de que en esos momentos los franceses estaban sitiando Tortosa, y que todos los medios económicos debían ser destinados a liberar la ciudad del cerco. Según las fuentes del embajador, compartidas por el secretario Jerónimo de la Torre, durante los siete años anteriores que este último había estado en su cargo, apenas había llegado dinero a las arcas imperiales. Desde 1641, las consignaciones que en otros tiempos habían sido muy habituales casi se habían cortado de raíz. En enero de 1646 se habían podido enviar 50.000 escudos, a cuenta de los 150.000 que se habían ofrecido en 1643, estando Felipe IV en Fraga. Durante el año siguiente a esta cifra se sumaron otros 100.000 *thalers* de los 200.000 prometidos durante el año anterior, pero faltaba mucho para ponerse al corriente y despachar todo el dinero ofrecido. Desde Viena, se pedía insistentemente el envío de las cantidades comprometidas para continuar la guerra, para lo cual pedían que las remesas se mandasen desde Génova, frente a las que tradicionalmente se enviaban desde Amberes, ya que el dinero que llegara a la República podría ser más efectivo, y allí era más improbable que se retrajese para pagar al ejército, como sucedía con las cantidades consignadas en Amberes por los asentistas y hombres de negocios. Además, se pedía que las cantidades se consignasen en escudos y no en *thalers* alemanes, para que las arcas imperiales ganaran con el cambio de moneda, ante la mayor calidad de la moneda española. Estas dos cuestiones fueron aceptadas por el Consejo de Estado, que intentó acelerar el envío del dinero, aunque el asunto era complicado <sup>33</sup>.

Especialmente desde 1641 la falta de numerario se había hecho sentir incluso entre los cortesanos españoles que vivían en Viena. En septiembre de 1648 llegaban noticias al Consejo de Estado de la llegada a Viena del Grefier de la reina, Sebastián Gutiérrez, con 300.000 escudos para las damas españolas que

<sup>32</sup> Consulta del Consejo de Estado, 16 de enero de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.351).

<sup>33</sup> Carta del marqués de Carreto, embajador imperial en Madrid, Madrid, 28 de junio de 1648; consulta del Consejo de Estado, 7 de julio de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.351); Junta de Estado, 18 de junio de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.352).

asistían en la corte de la emperatriz, las cuales no habían cobrado desde hacía ya 51 meses, demostrando que la falta de dinero afectaba a todos los ámbitos, desde la administración a la corte o los subsidios<sup>34</sup>. Aunque los españoles hicieron todo lo posible para asistir económicamente al emperador, y entregarle las cantidades pactadas, la debilidad económica continuó tras la paz de Westfalia, y a pesar del armisticio, España siguió colaborando económicamente con el emperador. En 1649 parte del dinero que se había proveído para las arcas imperiales quedó detenido por los asentistas. Al conocer la noticia, la respuesta de Felipe IV fue tajante, y al margen, dentro de la consulta del Consejo de Estado, escribió de propia mano: “no tengo por decente que esta partida se retire al emperador, habiendo salido de aquí destinada a socorrerle”<sup>35</sup>. La voluntad española de continuar asistiendo económicamente al emperador continuó firme, pese a la determinación imperial de pactar con franceses y protestantes. De hecho, tras la firma de las capitulaciones, a finales de 1649, el emperador pedía a España dinero –entre 200.000 a 300.000 escudos, para socorrer su ejército–, a modo de seguro por si la paz no fructificaba. El Consejo de Estado contestó a esta proposición accediendo a enviar a Viena 100.000 escudos en caso de que la paz se rompiera para que el emperador siguiera combatiendo a los franceses en Alsacia<sup>36</sup>, algo que nunca ocurrió.

A nivel diplomático, 1648 fue un año tenso en las relaciones bilaterales entre España y el Imperio. Esto coincidió con el cambio del embajador español en Viena, al ser sustituido el duque de Terranova por el conde de Lumiares, que había llegado como embajador extraordinario a entregar una joya a la futura reina de España y mujer de Felipe IV, Mariana de Austria. El nuevo embajador, pese a su juventud, demostraría sus dotes diplomáticas, como ya lo había hecho su padre años antes como embajador en el Imperio<sup>37</sup>. Lumiares se entrevistó con el emperador al poco de su llegada a Praga, a comienzos de abril de 1648.

<sup>34</sup> Consulta del Consejo de Estado, 24 de septiembre de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.351).

<sup>35</sup> Consulta del Consejo de Estado, 20 de marzo de 1649 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.354).

<sup>36</sup> Junta de Estado, 16 de noviembre de 1649, Consulta del Consejo de Estado, 23 de noviembre 1649 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.354).

<sup>37</sup> M. Á. OCHOA BRUN: *Historia de la diplomacia española. La Edad Barroca - II*, Madrid 2006.

En su audiencia fue escuchado gratamente, y los papeles que traía para tratar el desposorio de Felipe IV fueron despachados con prontitud<sup>38</sup>. Pero muy pronto las circunstancias cambiaron, al tenerse que tratar otros asuntos más escabrosos, como la paz unilateral del emperador, firmada con los franceses en Münster en mayo de ese año. En abril Lumières escribía varias cartas a Madrid, dando cuentas de la “materia reservada” que se le había encomendado, relativa a indagar más sobre los intentos de paz y tocante a la separación de los intereses del emperador con los de Monarquía hispánica. En sus cartas del 4 y 11 de abril, Lumières informaba a Madrid de que poco se podía hacer para cambiar la voluntad imperial, y que Peñaranda desde Münster quizá podría influir más que él<sup>39</sup>. Aunque los intereses de ambas monarquías eran comunes, esta vez las cosas eran de otra manera<sup>40</sup>.

Desde Madrid, pese a las circunstancias, no se daba el asunto por perdido. En respuesta a las quejas –o excusas– imperiales de que el resto de los príncipes del Imperio les habían dejado solos en la guerra –y muy especialmente el duque de Baviera–, España respondía con el intento de enviar dinero para asistir a las escasas fuerzas militares que le quedaban al emperador. Según los ministros imperiales, esta falta de apoyo del resto de príncipes católicos, pese a sus intentos, es lo que había hecho que se intentase una paz, pese a que esta podía ser “la total ruina de la augustísima Casa de Austria”<sup>41</sup>. Pero el dinero llegaba a Viena a cuentagotas, por lo que pronto la paz estuvo zanjada. El conde de Lumières escribía a Madrid en junio alegando que lo más que había podido conseguir, según la estrechez de medios por los que pasaba la Monarquía, era la buena disposición imperial y la voluntad del emperador de seguir siendo un aliado de España<sup>42</sup>.

El emperador Fernando III terminó firmando unilateralmente el tratado de Münster en mayo de 1648, dando por terminado el enfrentamiento con Francia, y poco después el tratado de Osnabrück, que hacía lo mismo con Suecia, lo que

<sup>38</sup> Consulta del Consejo de Estado, 14 de mayo de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.351).

<sup>39</sup> Junta de Estado, 20 de mayo 1648, en respuesta de las cartas del Conde de Lumières de 4 y 11 de abril, desde Praga (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.352).

<sup>40</sup> Sobre los acuerdos de Münster, llevados a cabo por Peñaranda, y la paz con Holanda, J. CASTEL: *España y el tratado de Münster (1644-1648)*, Madrid 1956.

<sup>41</sup> Junta de Estado, 18 de junio de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.352).

<sup>42</sup> Carta del conde de Lumières, Viena, 20 de junio de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.352).

dará lugar a la llamada paz de Westfalia<sup>43</sup>. En los acuerdos la representación imperial quedó a cargo del diplomático Maximilian von Trauttmansdorff, que curiosamente durante años había sido pensionario de España, lo que demuestra la clara impronta del dinero español en la política imperial, aunque los resultados no fueran los esperados<sup>44</sup>. La paz supuso un alivio para el Imperio, muy presionado en ese momento por bávaros y suecos, ya que durante ese año estos últimos ocuparon el castillo de Praga y la parte nueva de la ciudad, en el lado oeste del río. De hecho, la toma de parte de la ciudad de Praga, una localidad que por aquel entonces tendría unos 40.000 habitantes –según las fuentes españolas–, por un pequeño ejército sueco de no más de 5.000 hombres, había demostrado la debilidad imperial. Los defensores de la ciudad pudieron contener a los suecos en el puente del Carlos, no permitiendo a estos tomar la ciudad vieja. Poco después llegó el ejército imperial, que pudo restablecer la situación, haciendo que los suecos evacuasen las zonas conquistadas, pero la falta de recursos demostraba la incapacidad del emperador para continuar la guerra<sup>45</sup>.

La paz, pese a la resistencia española, se firmó, dejando en una mala posición a los diplomáticos imperiales, que a la vez que continuaban pidiendo a España medios económicos debían justificar la paz unilateral. Sus alegatos para argumentar la “separación” del emperador de la alianza común, y su paz con Francia, se centraban en lo que habían sufrido en la guerra, sus graves pérdidas territoriales y en la ruina general de los estados hereditarios, manifestando que de ninguna manera podían continuar con la guerra. Además, argumentaban para su descargo, que desde 1640 los electores imperiales habían pedido que ambas ramas de los Habsburgo se separaran y renunciaran a su alianza<sup>46</sup>.

<sup>43</sup> Sobre las negociaciones de paz, *Négociations secrètes touchant la Paix de Munster et d’Osnaburg*, IV vols., La Haya 1725-1726.

<sup>44</sup> Data de lo pagado de la caja real de Alemania desde 10 de marzo de 1637 hasta 3 de septiembre de 1640, que el marqués de Castañeda fue embajador (AGS, CMC, 3ª época, leg. 949).

<sup>45</sup> Carta del duque de Terranova, embajador español en la corte imperial, Linz, 10 agosto 1648; consulta del Consejo de Estado, Madrid, 24 de septiembre de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.351).

<sup>46</sup> Sumario de lo que contienen los papeles que ha dado el marqués de Carreto, embajador de su Majestad Cesárea, en que refiere los motivos que precedieron a su ajustamiento con Francia. Traslado de la carta de su Majestad Cesárea para el marqués de Carreto, Viena, 17 de octubre de 1648, traducida del alemán. Juntas de Estado, 8 y 11 de diciembre de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.352).

En cuanto a Baviera, las relaciones se habían rehecho, ya que aunque en marzo de 1647 el duque Maximiliano I cediera a la presión francesa y sueca y firmase la tregua de Ulm, pronto se desdijo, y se volvió a situar en el bando católico, reafirmando su alianza con el emperador. Pero en mayo de 1648 recibiría un duro golpe en la batalla de Zusmarhausen, cuando las tropas francesas y suecas vencieron a las tropas bávaras e imperiales, y ocuparon gran parte de Baviera. A partir de ese momento la paz ya solo era cuestión de tiempo, y la separación de los intereses de Baviera, el emperador y España también. En el caso bávaro las cosas eran mucho más claras, y los españoles se mostraron siempre más inflexibles ante sus excusas y peticiones, acusando al duque de Baviera de ser un príncipe “incoregible”. De hecho, durante 1648 se había descubierto que tres de los más importantes ministros bávaros estaban comprados por Francia y Suecia, lo que puso las cosas muy difíciles a nivel diplomático. Pese a ello los bávaros intentaron gozar de los generosos subsidios españoles, pidiendo que también fueran socorridos económicamente como el emperador, con 200.000 escudos. Pero la reciente derrota de Lens no daba lugar a esta petición, ya que el dinero se necesitaba para reforzar el ejército de Flandes, además de que Baviera no había sido un aliado fiable del todo, por lo que los subsidios españoles debían concentrarse en asistir económicamente al emperador, que pese a todo era un aliado más fiable<sup>47</sup>.

#### *EL TEMA POR RESOLVER: LA DEVOLUCIÓN DE FRANKENTHAL*

Después de 1648 las relaciones diplomáticas y financieras entre las dos ramas de los Habsburgo se volvieron poco claras, debido a que España rehusó a evacuar la fortaleza de Frankenthal –única posesión que conservaba en el Palatinado– sin compensación. Las negociaciones sobre la restitución de esta ciudad fueron largas, durando de 1648 a 1650. Los españoles se negaron a restituir la plaza sin obtener nada a cambio, aludiendo a los enormes gastos que había supuesto para ellos. En esos momentos Frankenthal no era el punto estratégico que había sido en el pasado, ya que el “camino español” por tierra era en esos momentos impracticable. Tampoco la ciudad era el centro que en otros tiempos

<sup>47</sup> Consulta del Consejo de Estado, 25 de julio de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.351); consultas del Consejo de Estado, 20 de agosto y 27 de septiembre de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.353).

había sido, ya que en 1648, además de a su guarnición, solo mantenía 80 bur- gueses, de los que 77 eran calvinistas, por lo que la demografía, la economía o la religión aconsejaban su abandono <sup>48</sup>. Además, desde Madrid se sabía que la plaza no se podría defender por si sola, ya que la paz había dejado el enclave desconectado de cualquier posible socorro en caso de asedio, por lo que desde 1648 se había mandado meter en la ciudad más tropas, víveres y pertrechos pa- ra poder aguantar un sitio de dos años <sup>49</sup>.

A pesar de la poca importancia del enclave, los negociadores hispanos se mostraron muy duros. Contradiendo la generosidad española de otros tiem- pos, la afrenta de la paz separada pesaba, por lo que los imperiales debían com- pensar a un alto precio la pérdida territorial, ya que su devolución solo les interesaba a ellos. El emperador intentó dar a cambio la ciudad imperial libre de Besanzón (Besançon), en el Franco Condado. Esta había sido anexionada al Im- perio en el siglo XI, quedando bajo dominio eclesiástico. Durante los siglos XII y XIII, los ciudadanos de Besanzón lucharon contra la autoridad de los arzobis- pos y obtuvieron al final su independencia en 1290. Así, durante toda la Edad Media, Besanzón permaneció como una ciudad directamente sometida a la autoridad imperial, y en cierta manera independiente del condado de Borgoña. La ciudad se autogobernaba, aunque en 1575, tras la llamada sorpresa de Be- sanzón, la ciudad mantendrá una guarnición de 400 soldados de la Monarquía hispánica. A pesar de ser una ciudad imperial libre –por lo que el emperador se beneficiaba de ciertos privilegios, y esta de cierto autogobierno–, estaba encaja- da en una posesión española, y al igual que el Franco Condado formaba parte del Imperio. El cambio no parecía suficiente, ante la situación particular de la ciudad, su condición excepcional y su autogobierno <sup>50</sup>.

Los españoles esta vez no se dejaron engañar –con el “truco” de Besanzón, palabras textuales de la Junta de Estado <sup>51</sup>–, y se negaron a ese intercambio, en el cual obtendrían poco beneficio, siendo este más simbólico que otra cosa, ya que ya había tropas hispanas en la ciudad. Al final, el acuerdo con los ministros

<sup>48</sup> Consulta del Consejo de Estado, 7 de marzo de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.353).

<sup>49</sup> Junta de Estado, 8 de diciembre de 1648 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.352).

<sup>50</sup> C. FOHLEN: *Histoire de Besançon*, Besançon 1994, 2 vols., en especial I y ss.; J.-F. SOLNON: *Quand la Franche-Comté était espagnole*, París 1983.

<sup>51</sup> Junta de Estado, Madrid, 18 de febrero de 1651 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.359).

imperiales se produjo, Frankenthal se devolvería para mejorar la situación del emperador frente a los otros príncipes alemanes a cambio Besanzón y de 500.000 escudos, dinero que compensaría los enormes gastos de fortificaciones, artillería y pertrechos realizados por los españoles en la ciudad<sup>52</sup>. En 1652, Madrid obtuvo cerca de 390.000 florines de Viena<sup>53</sup>, por lo que al final las arcas imperiales entregaron poco más de la mitad de la cantidad prevista, sirviendo este dinero para pagar algunas deudas contraídas debido a la gran cantidad de reclutas emprendidas en las tierras patrimoniales de los Habsburgo durante los años anteriores. Por primera vez el dinero cambiaba de dirección, aunque la cuantía no era demasiado elevada, reinvirtiéndose la misma en las tierras imperiales.

*LA NUEVA FÓRMULA DE COLABORACIÓN MILITAR (1648-1655):  
EL RECLUTAMIENTO*

Con el fin de la guerra de los Treinta Años, muchos soldados quedaron sin patrón, ampliándose notablemente el mercado mercenario en Europa. Estos hombres –profesionales, veteranos y curtidos en numerosas batallas– eran un género codiciado por muchas potencias que continuaban en guerra, como España y Francia, que necesitaban urgentemente reemplazar sus bajas militares y aumentar sus ejércitos para asestar el golpe definitivo al enemigo, y así acabar con la contienda. A partir de 1648 estalló una verdadera competición entre estados por hacerse con los servicios de los soldados que se licenciaban en Alemania, algo que centró buena parte de los esfuerzos de la diplomacia española durante los años siguientes<sup>54</sup>.

<sup>52</sup> Consulta del Consejo de Estado, 16 de noviembre de 1649 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.354). Carta del conde de Lumières, Embajador español en Viena, 26 de febrero, 17 de mayo y 8 de junio de 1650. Consulta del Consejo de Estado, 7 de septiembre y 3 de diciembre de 1650, AGS, Estado Alemania, leg. 2.357. Juntas de Estado, 18 de febrero, 14 de agosto y 12 de diciembre de 1651. Resumen del estado que tiene la materia de permutar a Frankenthal por Besanzón, 1651 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.359).

<sup>53</sup> P. RAUSCHER: *Armeesatisfaktionen und Wahlgeschenke. Ein finanzgeschichtlicher Beitrag zur Geschichte des Alten Reichs nach dem Westfälischen Frieden*, (en prensa), tabla 4. Desde aquí agradezco al autor la primicia de este dato.

<sup>54</sup> Sobre el sistema mercenario y de reclutamiento de soldados en Alemania, F. REDLICH: *The German enterpriser and His Work Force: A Study of European economic and Social History*,

En un primer momento, se intentó formar un nuevo ejército en Alsacia para luchar contra los franceses a lo largo de esa frontera y la de Lorena, con el beneplácito y la colaboración del duque Carlos IV de Lorena, que en aquel momento combatía con su ejército mercenario en los Países Bajos junto a los españoles, y que con sus tropas pasaría a engrosar el nuevo ejército. Las negociaciones se vieron beneficiadas por la posibilidad de formar un ejército rápidamente, gracias a los soldados que el emperador despedía de su ejército, y a la colaboración del archiduque Fernando de Innsbruck, hijo mayor del emperador. Este ofrecía asistir a España en lo necesario para formar este ejército, dando a las tropas cuarteles y víveres en sus estados hasta que pudieran tomarlos por la fuerza en la frontera francesa. La idea, aunque acertada ante la desprevención de la frontera francesa, era inviable, ya que el Consejo de Estado decidió que para luchar contra los franceses lo más importante era poner fuerzas suficientes en España y Flandes, y este nuevo ejército se formaría si había hacienda para ello. Si bien durante todo el año 1649 se volvió a valorar su formación, el nuevo ejército —que entre caballería e infantería tendría unos 15.000 efectivos—, nunca se creó, ya que el dinero faltaba en todas partes<sup>55</sup>.

Tras la paz de Westfalia la colaboración militar entre Madrid y Viena continuó, pero no de una manera directa, sino por la vía del reclutamiento, ya que Felipe IV aprovechó la oportunidad de reclutar buena parte de los soldados veteranos que el emperador licenciaba<sup>56</sup>. De esta manera España se hacía con los soldados que necesitaba y los incorporaba en sus ejércitos, pagando por ello, mientras que el emperador se liberaba de buena parte de su ejército<sup>57</sup>, y de su peso económico, sin tener que pagar cantidades extra a los oficiales y soldados

---

2 vols., Wiesbaden 1964-1965, y la visión en conjunto de P. H. WILSON: “The German ‘Soldier Trade’ of the Seventeenth and Eighteenth Centuries: A Reassessment”, *The International History Review* 18/4 (1996), pp. 757-792.

<sup>55</sup> Consultas del Consejo de Estado, 6 de marzo y 18 de noviembre de 1649 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.354).

<sup>56</sup> Cuentas de las levas realizadas (AGS, CMC, 3ª época, leg. 3.148).

<sup>57</sup> Sobre la desmovilización militar en el Imperio, P. H. WILSON: *German Armies: War and German Politics, 1648-1806*, Londres 1998, pp. 26-32 y *The Thirty Years War: Europe's Tragedy*, Londres 2009, pp. 769 y ss.; y en especial entre el ejército imperial P. HOYOS: “Die kaiserliche Armee 1648-1650”, *Schriften des Heeresgeschichtlichen Museums in Wien*, Viena 1976, VII, pp. 169-232.

que se licenciaban. Con la medida ambas partes ganaban, a la vez que el emperador apoyaba la causa Habsburgo contra el gran enemigo común: Francia. También otros príncipes alemanes hicieron lo mismo con sus ejércitos, que fueron ofrecidos a franceses y españoles, que pugnaron por sus servicios. Este fue el caso de los duques de Württemberg y Baviera, que ofrecieron a la Monarquía española los regimientos de caballos que licenciaban, a un precio bastante inferior al que se ajustaba con los del emperador. Aunque se intentó este negocio, “por quitárselo a los franceses”, como bien decía el embajador español en Viena, nunca se llegó a un acuerdo, y casi todas las tropas que consiguieron los españoles vendrán del Imperio. En esos momentos –como avisaba el embajador– con dinero no sería difícil reclutar, ante la carencia de fondos del emperador y los príncipes alemanes, y porque los soldados que habían luchado en la guerra de los Treinta Años no querían cambiar de oficio, de ahí que los españoles centrarán sus actividades de captación de hombres en Alemania <sup>58</sup>.

Durante los años siguientes el reclutamiento español en toda Alemania se intensificó notablemente, fundamentalmente para Flandes y Milán, aunque también contingentes alemanes llegaron a la península para luchar contra la rebelión catalana. De hecho, la llegada de unos 3.000 alemanes reclutados en tierras imperiales en el verano de 1651 ayudó notablemente a rendir al año siguiente la ciudad de Barcelona, dando por terminada la rebelión <sup>59</sup>. La sublevación napolitana y siciliana <sup>60</sup>, y la ofensiva francesa sobre los presidios toscanos, que estaban en manos de los españoles, hicieron necesaria la llegada de refuerzos a Nápoles <sup>61</sup>. Junto con las tropas que se encaminaban desde España, y la llegada de la Armada, el

<sup>58</sup> Cartas del conde de Lumiares, Embajador español en Viena, 24 de enero, 3 de febrero, 10 de marzo y 18 de mayo de 1649 (AGS, Estado, Flandes, leg. 2.071).

<sup>59</sup> F. FABRO BREMUNDAN: *Historia de los hechos del Serenísimo Señor Don Juan de Austria, en el principado de Cataluña*, Zaragoza 1673, pp. 49-50. Carta del duque de Alburquerque, Capitán General de las Galeras de España, Tarragona, 1 de agosto de 1651 (AGS, Guerra Antigua, leg. 3.324). Copia de la carta del marqués de Caracena, Milán, 17 de mayo de 1651 (AGS, Estado, Milán, leg. 3.368).

<sup>60</sup> L. RIBOT GARCÍA: “Las revueltas italianas del siglo XVII”, *Studia historica. Historia Moderna* 26 (2004), pp. 101-128.

<sup>61</sup> F. ANGIOLINI: “I Presidiosi di Toscana: catena de oro e llave y freno de Italia”, en E. GARCÍA HERNÁN & D. MAFFI (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica: Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*, Madrid 2006, I, pp. 186-187; A. ADEMOLLO: *L'assedio di Orbetello dell'anno 1646*, Grosseto 1883.

dispositivo militar se completaba con el reclutamiento de contingentes italianos y alemanes, para formar un pequeño y selecto ejército que actuara en Italia al cargo de don Juan de Austria, hijo bastardo de Felipe IV.

El embajador en Alemania fue el encargado de reclutar las tropas alemanas que se necesitaban, entre 4.000 y 5.000 infantes. Las gestiones de este reclutamiento, recogidas a través de la documentación contable, son importantes para comprender como se realizaban los reclutamientos, y de cómo también estos caudales ayudaba a financiar otras cosas. A partir de diciembre de 1646 el dinero fue llegando a Viena en distintas remesas a través de varios hombres de negocios. En total eran 95.000 *thalers*, enviados desde Nápoles por la hacienda napolitana, que sufragarían de sobra el reclutamiento previsto. Después se buscaron cuatro coroneles, que se comprometieron a realizar el reclutamiento a cambio de 16 *thalers* por soldado vestido, armado y puesto en el puerto de Trieste. Tras pedir permiso al emperador, el reclutamiento comenzó en los estados hereditarios. Los coroneles fueron Nicolás Thom, Hércules Visconti y los barones de Keglevitz y Calri, que no llegaron a reunir los hombres previstos. El dinero se fue entregando en Viena a los coroneles-empresarios en distintas partidas, la mitad al empezar el reclutamiento, y las restantes según se fuera necesitando más. Debido a que algunos coroneles no cumplieron, parte del dinero total no se les llegó a entregar, además de que algunos tuvieron que devolver distintas cantidades del dinero entregado al comprobarse que no habían reunido los hombres acordados. En total no se llegaron a reclutar más de 3.000 infantes, pese al dinero remitido. Una parte importante del dinero total, un 40%, fue empleado en otras cosas y no en el reclutamiento. Sacar de la cancillería de Viena las patentes costó 500 *thalers*, además de otros 6.200 que se emplearon en gastos secretos, para contar con una dirección apropiada del reclutamiento, lo que en el fondo eran sobornos a oficiales imperiales. Otros 40.000 *thalers* se entregaron al presidente de la hacienda imperial por la leva concedida <sup>62</sup>.

Aunque el reclutamiento de alemanes en tierras de los Habsburgo pudiera parecer a simple vista una clara desventaja, lo cierto es que permitiendo el reclutamiento el emperador también obtenía toda una serie de beneficios económicos directos e indirectos, al igual que la corte y el alto mando imperial. El dinero español compraba muchas voluntades y facilitaba el reclutamiento. La concesión de las patentes para el reclutamiento aportaba algo de dinero a la Hacienda

<sup>62</sup> Cuentas del duque de Terranova, embajador en Alemania y en Roma 1647-57 (AGS, CMC, 3ª época, leg. 3.274).

imperial, al igual que la venta a los españoles de material militar y armas. Pero el gran beneficio era el precio indirecto de esa contribución, a través de subsidios y sobornos que el gobierno español entregaba a la administración imperial.

Entre noviembre de 1648 y febrero de 1656 las levas en toda Alemania, y en especial en las tierras de los Habsburgo, fueron muy importantes, como podemos ver gracias a la documentación económica conservada de la embajada española en Viena. A lo largo de este tiempo la corona española destinó 1.143.806 florines y 58 *kreutzers* y  $\frac{1}{2}$  (prácticamente 762.538 *thalers*) directamente a levas realizadas en Alemania. Esto significaba el 55% de su presupuesto total, que ascendía a 2.093.303 florines. A esta cantidad hay que sumar otros 465.333 florines (310.222 *thalers* y medio) que se pagaron en Flandes tras la llegada de las tropas. Esto supone que como mínimo los españoles gastaron 1.072.760 *thalers* en reclutas a lo largo de poco más de 7 años. La cifra es sin duda elevada, y aunque a través de las cuentas no nos sea posible saber el total de soldados que pudieron ser reclutados, ya que en muchos casos solo se nombra a los coroneles y capitanes de los nuevos regimientos y los pagos realizados —parte de los cuales se daban a posteriori en Flandes—, podemos calcular que tal cifra, a 16 *thalers* de media que costaba armar y reclutar un infante en las tierras imperiales y ponerlo en Milán, equivaldría al reclutamiento de al menos 67.000 infantes, unos 9.500 cada año. Aunque estas estimaciones son elevadas, hay que tener en cuenta que poner un infante en Flandes era más caro, de unos 18 a 20 *thalers*, y el coste medio de un soldado de caballería era de unos 50 a 60 *thalers*, debido al mayor precio del caballo y su equipo <sup>63</sup>.

*LA INTERVENCIÓN IMPERIAL EN ITALIA  
Y LA CONTINUIDAD EN EL RECLUTAMIENTO (1656-1658)*

Aunque tras la paz de Westfalia fueron muchos los soldados alemanes reclutados en los territorios patrimoniales de los Habsburgo, no poniendo los

<sup>63</sup> Cuentas de las levas de alemanes efectuadas por el conde de Lumières, embajador en Viena, noviembre de 1648-febrero de 1656. Copia del pliego dado a la contaduría del ejército de Flandes de las partidas que por su cuenta consta haberse pagado para levas hechas en Alemania, Bruselas, 23 de abril de 1668 (AGS, CMC, 3ª época, leg. 3.148). Cartas del conde de Lumières, Viena, 13 de febrero, 17 y 30 de marzo y 10 de diciembre de 1650 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.355).

príncipes del Imperio demasiadas trabas a esta ayuda, en 1656 el modelo cambió, y por primera vez tras la paz un contingente imperial –contraviniendo las capitulaciones de la misma– se aprestó para socorrer a las fuerzas españolas en Milán. El cambio de tendencia se producía por varios motivos. Por un lado por la buena salud de las relaciones entre Madrid y Viena, ya que los ministros españoles mediaron activamente por los intereses Habsburgo, usando sus servicios de información y su dinero para captar voluntades de los príncipes electores del Imperio. Así el marqués de Castel-Rodrigo, por medio de la intervención de los agentes españoles, como el dominico padre Sarriá, consiguió que el díscolo arzobispo de Maguncia, decano de la Dieta Imperial, cambiara de tendencia y apoyara en 1653 la elección de Fernando IV como rey de Romanos<sup>64</sup>, recibiendo a cambio una pensión mensual de 5.000 *thalers*. En agradecimiento Fernando IV benefició al marqués de Castel-Rodrigo con una pensión de 100.000 florines de por vida, signo evidente de la importancia que había tenido el apoyo español<sup>65</sup>. Esta colaboración dinástica continuó en la decisiva elección imperial de 1658, ante la cada vez mayor presión francesa, que pretendía debilitar a los Habsburgo y que la corona imperial recayese en otro príncipe<sup>66</sup>.

El emperador, en 1656, se decidió a enviar un ejército a Italia, que sobre el papel tendría unos 12.000 hombres, para acudir a la urgente petición española de refuerzos. Con ello se pretendía nivelar la balanza ante la nueva ofensiva francesa sobre Milán –que había contribuido a la pérdida de la plaza de Valenza–, y restituir así el poder del emperador en los feudos imperiales de Italia, gravemente dañado por el duque de Módena, que había osado atacar el estado de Milán en coalición con los franceses y saboyanos, significando una grave

<sup>64</sup> Sobre la elección de 1653 ver K. OTMAR VON ARETIN: *Das Alte Reich 1648-1806*, vol. I: *Föderalistische oder hierarchische Ordnung (1648-1684)*, Stuttgart 1997, pp. 172-176; B. STOLLBERG-RILINGER: *Des Kaisers alte Kleider. Verfassungsgeschichte und Symbolsprache des Alten Reiches*, Munich 2008, pp. 172-193.

<sup>65</sup> Príncipe Pío, XVI MARQUÉS DE CASTEL-RODRIGO: *Documentos de mi archivo: La elección de Fernando IV rey de romanos, correspondencia del III Marqués de Castel-Rodrigo, don Francisco de Moura, durante el tiempo de su embajada en Alemania (1648-1656)*, Madrid 1929, pp. 3, 35 y ss. Carta del marqués de Castel-Rodrigo, 9 de febrero de 1656 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.365).

<sup>66</sup> A. F. PRIBRAM: „Zur Wahl Leopold I 1654-1648“, *Archiv für österreichische Geschichte* 73 (1888), pp. 79-222.

ofensa para el prestigio y el poder imperial en Italia<sup>67</sup>. Con esta acción el emperador contravenía los tratados de Münster en pro de la causa común de los Habsburgo, con la clara intención de debilitar a los franceses –que durante la década anterior no habían hecho otra cosa que intervenir en los asuntos del Imperio–, intentando ganar adeptos en Italia, pero sin la intención de entrar en una guerra abierta contra Francia. A esta medida también se circunscribía el apoyo militar prestado al duque de Mantua<sup>68</sup>, al que el emperador ofreció 1.000 infantes para presidir la plaza de Casale de Monferrato<sup>69</sup>. Pero la tardanza de la ayuda imperial no permitió que Mantua resistiera a las fuerzas modenesas, que saquearon y ocuparon parte del ducado, para después atacar también Milán<sup>70</sup>.

Aunque la ayuda militar imperial se esperaba en breve, la muerte del emperador Fernando III, la turbulenta elección de Leopoldo I como emperador<sup>71</sup> y el amotinamiento de parte de las tropas, produjo un importante retraso en la llegada del ejército de socorro. En el verano de 1656 Fernando III comunicó al embajador español que las tropas marcharían a Italia en breve, cuando “los militares biesen el modo de juntar estas tropas, como más brevemente huviesen de llegar a Italia, y los políticos le dijiesen la forma de participárselo a los electores”<sup>72</sup>. Con estas breves palabras quedaban resumidos buena parte de los problemas

<sup>67</sup> S. PUGLISE: *Le prime strette dell’Austria in Italia*, Milán 1932, pp. 146 y ss. D. MAFFI: *Il Baluardo della Corona. Guerre, esercito, finanze e società nella Lombardia seicentesca (1630-1660)*, Florencia 2007, pp. 57-62.

<sup>68</sup> La tercera mujer del emperador Fernando III era una Gonzaga, cuyo hermano era Carlos III de Mantua, contra quien combatían los franceses, saboyanos y modeneses.

<sup>69</sup> Carta de don Pedro Coloma, Madrid, 4 de agosto de 1656 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.365).

<sup>70</sup> D. MAFFI: *Il Baluardo della Corona...*, *op. cit.*, pp. 61-62.

<sup>71</sup> Sobre su figura y su reinado, A. SCHINDLING: “Leopold I 1658-1705”, en A. SCHINDLING & W. ZIEGLER (eds.): *Die Kaiser der Neuzeit 1519-1918. Heiliges Römisches Reich, Österreich, Deutschland*, Munich 1990, pp. 169-185; A. F. PRIBRAM: *Franz Paul Freiherr von Lisola (1613-1674) und die Politik seiner Zeit*, Leipzig 1894; O. REDLICH: *Weltmacht des Barock. Österreich in der Zeit Kaiser Leopolds I.*, Viena 1961; J. P. SPIELMAN: *Leopold I of Austria*, Londres 1977.

<sup>72</sup> Carta del marqués de la Fuente, Viena, 11 de julio de 1656 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.365).

que la intervención militar provocaba en el Imperio. Por un lado el transporte de las tropas, ya que una parte de ellas debían venir de Bohemia, Moravia y Silesia, por lo que debían recorrer muchos kilómetros, atravesando de norte a sur los estados hereditarios. Además, el gran problema a tratar era la oposición que esta intervención militar encontraría entre los electores del Imperio. Aunque desde Viena siempre se intentó justificar, especialmente ante los soldados, que con esta acción no se rompía la paz de Münster <sup>73</sup>, la colaboración pasará factura a Leopoldo I durante su difícil elección como emperador <sup>74</sup>. Desde 1656 los franceses realizaron una importante presión diplomática para evitar el apoyo militar entre ambas ramas de los Habsburgo, centrando sus quejas fundamentalmente en la violación de las cláusulas de la *Instrumentum Pacis Monasteriensis* <sup>75</sup>, ganando importantes adeptos entre los príncipes alemanes.

Esta nueva colaboración era diferente de las mantenidas durante los años anteriores, ya que no se trataba directamente de levas, sino de un ejército auxiliar que iría con mandos propios, y banderas y estandartes del emperador, y que tenía como misión apoyar a las tropas españolas de Milán frente a franceses, saboyanos y modeneses, además de restaurar el prestigio imperial en Italia. En total se enviarían a Milán 12.000 hombres (9.000 infantes, en 6 regimientos, y 3.000 jinetes en 4 regimientos). Pero la colaboración tenía su precio económico, ya que España debía dar al emperador 468.000 florines por estas tropas –una cantidad que más o menos equivaldría al coste de reclutar esa misma cantidad de hombres en Alemania–, y dar una paga a los soldados a su llegada a Milán <sup>76</sup>. De hecho, según el embajador español, los soldados imperiales “iban vendidos” al servicio de Felipe IV, por lo que los motivos del motín que se produjo entre ellos no daba lugar <sup>77</sup>.

Realmente poco más de la mitad de los hombres llegaron a Milán, ya que el resto se amotinaron por el camino. El paso de las tropas se hizo en dos contingentes,

<sup>73</sup> Copia de las instrucciones que se dio al Mariscal de Campo General Conde de Enkevort, 30 de julio de 1656 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.365).

<sup>74</sup> Carta del conde de Peñaranda, Frankfurt, 29 de marzo de 1658 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.368).

<sup>75</sup> J. BÉRENGER: “La collaboration militaire Austro-Espagnole...”, *op. cit.*, p. 27.

<sup>76</sup> Cartas del marqués de la Fuente y del marqués de Castel-Rodrigo, 11 y 26 de julio de 1656 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.365).

<sup>77</sup> Carta del marqués de la Fuente, Praga, 13 de septiembre de 1656 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.365).

para evitar la masiva concentración de hombres y el problema de los alojamientos. El primer grupo, y el que llegó realmente a Milán, debía ir por Austria inferior y superior, concentrarse en Salzburgo, para pasar a Milán a través del Tirol y los pasos Grisones. En total eran dos regimientos de caballería y 6 compañías del regimiento de caballería de Testa Piccolomini –sobre el papel 2.288 montados–, y tres regimientos de infantería con 4.590 hombres. El otro grupo, algo más pequeño, debía concentrarse en Linz, para pasar luego a Estiria y Carintia. Este grupo estaba compuesto por un regimiento de caballería y el resto del regimiento de Piccolomini, 1.232 jinetes, y tres regimientos de infantería con 4.590 plazas. Pero este segundo grupo se amotinó durante su estancia en Carintia. El problema –según los informes españoles– era tanto la instigación de agentes franceses y suecos, que tenían la intención de entorpecer la colaboración entre los Habsburgo, como la poca disciplina de las tropas y la mala actitud de los mandos, que no habían querido detener a sus hombres. De hecho, los soldados se hacían eco de un conocimiento de los tratados de paz y de teorías políticas algo inverosímiles que justificaban su motín, alegando que se contravenía lo capitulado en Münster y que el duque de Módena había quedado perdonado tras la paz, lo que parecía fruto de la instigación de agentes enemigos y de los propios mandos, y no tanto de unos simples soldados. Incluso muchos de los amotinados vitoreaban a los suecos, proclamando que preferían ser enviados a Polonia para luchar en las guerras del Norte, y servir así para reclutar el ejército sueco. Para los españoles, gran parte del problema había sido por la mala aplicación del coronel de uno de los regimientos, Ramfs, que desde el primer momento se había negado a servir en Italia, desatando la rebelión entre sus subordinados y extendiéndola al resto de las tropas. Pese a la draconiana resolución que pretendían los españoles, lo cierto es que al final buena parte de los amotinados pactaron su rendición a cambio de ser enviados a cuarteles dentro de Alemania, negándose a ser enviados a Milán<sup>78</sup>.

El resultado fue que según las estimaciones llegaron a Milán 4.590 infantes y 2.288 caballos entre septiembre y octubre de 1656, pero realmente esto no era

<sup>78</sup> Cartas del marqués de la Fuente, Praga, 13 y 20 de septiembre de 1656. Carta del barón de Hischof para el príncipe de Auersperg, Klagenfurt, 7 de septiembre de 1656. Copia de las instrucciones que se dio al Mariscal de Campo General conde de Enkevort, 30 de julio de 1656. Carta del marqués de Castel-Rodrigo, 26 de julio de 1656, con la relación de tropas que pasan por el imperio (AGS, Estado Alemania, leg. 2.365). También, usando las fuentes austriacas, H. VALENTINITSCH: *Die Meuterei der kaiserlichen Söldner in Kärnten und Steiermark 1656*, Viena 1975.

así, ya que los regimientos no estaban al completo, llegando realmente 3.296 infantes y 2.047 jinetes. Junto a ellos, llegaron a Milán al menos otros 600 infantes y 400 montados alemanes para reforzar los regimientos de esta nación que estaban ya sirviendo allí, levantados por particulares a cargo de la hacienda hispana<sup>79</sup>. En enero de 1657 se pidió al emperador que cumpliera con los hombres prometidos, y reclutara a su vez los regimientos que mantenía en Milán —ya que no habían llegado enteros—, estableciéndose unas duras negociaciones entre el embajador español y los ministros imperiales. Al final se estableció que el emperador levantaría los hombres que faltaban hasta alcanzar los 12.000 que en un primer momento se habían ofrecido, aunque no completaría las unidades ya presentes en Milán. Los hombres necesarios se obtendrían tanto a través de nuevas levas como mediante la aplicación de soldados de otros regimientos, y para facilitar el reclutamiento se darían las patentes en nombre del emperador. El dinero sería aportado por los españoles, tanto el necesario para la leva como para el transporte de las tropas. De esta manera se pensaban reclutar unos 5.822 hombres, en tres regimientos de infantería y 14 compañías de caballería, para formar un nuevo regimiento de caballería y cuatro compañías sueltas para reforzar el regimiento Piccolomini que ya estaba presente en Milán. Los hombres estarían en Milán hacia el mes de abril, listos para participar en la campaña bélica estival. Para llegar a tiempo debían recorrer 32 leguas desde Moravia, donde estaban la mayor parte de los regimientos imperiales veteranos, de entre los que se sacarían la mayoría de los hombres. En total, los españoles enviarían 300.000 florines para ayudar al reclutamiento y para pagar las *etapes* del viaje, dinero con el que se habrían podido reclutar más hombres a cargo de asentistas particulares<sup>80</sup>.

Junto con estas reclutas en el Imperio para Milán, a cargo del emperador, el embajador español ajustó el reclutamiento de otros contingentes alemanes para

<sup>79</sup> Carta del marqués de la Fuente, Viena, 24 de enero de 1657 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.366).

<sup>80</sup> Consulta del Consejo de Estado, 12 de enero de 1657. Copia de los artículos que en nombre del emperador propuso en 20 de noviembre el conde de Puxain al marqués de la Fuente, en el despacho del marqués de 22 de noviembre de 1656. Carta del marqués de la Fuente, Viena, 24 de enero de 1657. Copia de la disposición de la marcha que hará el regimiento del coronel Ofquirgen y copia del modo con que se ha ajustado la formación y marcha del ejército auxiliar, ambas incluidas con la carta del marqués de la Fuente, 24 de enero de 1657 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.366).

Flandes y Nápoles, que serían alistados a través de particulares. Para Nápoles se contrató el reclutamiento de 1.500 infantes, a los que se juntarían otros 2.700 infantes para Flandes, en dos regimientos, teniendo esta última leva la ayuda del emperador, que se encargaría de aportar algunos oficiales veteranos y al menos 500 hombres de alguno de los regimientos viejos. En marzo se esperaba la llegada a Milán de 1.600 caballos y 6.000 infantes del emperador, pero debido al mal tiempo y a las lluvias las tropas no habían podido pasar todavía los pasos alpinos, a pesar de que se había gastado mucho dinero<sup>81</sup>. La muerte del emperador Fernando III, a principios de abril, y la turbulenta sucesión de Leopoldo<sup>82</sup>, detuvieron la llegada de las tropas imperiales. A finales de año solo se computaba la llegada a Milán de dos compañías de nuevos reclutas, y algunos refuerzos para las tropas imperiales: 6 compañías de infantería y otras 7 de caballos. Estos refuerzos estaban, por tanto, muy por debajo de los 7.000 hombres que se esperaban<sup>83</sup>.

Por otro lado, la presencia de las tropas imperiales en Italia fue un importante problema para ambas coronas. Por un lado, de cara a la elección imperial, la presión diplomática francesa fue importante<sup>84</sup>, lo que claramente influyó en Leopoldo I para que fuera prudente a la hora de enviar nuevas tropas a Milán —a pesar de lo prometido por su padre a los españoles—, a la vez que el

<sup>81</sup> Cartas del marqués de la Fuente, Viena, 24 de enero y 7 de marzo de 1657 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.366).

<sup>82</sup> Fernando III consiguió restaurar parte del poder imperial bajo su persona, especialmente entre 1653-54. El 31 de marzo de 1653 su hijo primogénito, Fernando María, fue elegido como rey de Romanos (heredero de la corona imperial durante el gobierno de un emperador). Pero este morirá inesperadamente en julio de 1654. El emperador conseguirá poco después que Bohemia y Hungría reconocieran a su hijo Leopoldo, de solo 14 años, como su monarca. El problema para Leopoldo era que no se podía ser emperador hasta los 18 años, por lo que a la muerte de Fernando III, el 2 de abril de 1657, se abrió una etapa de *interregnum* hasta que su segundo hijo, Leopoldo, fue elegido emperador, el 18 de julio de 1658. Sobre estas cuestiones, J. P. SPIELMAN: *Leopold I of Austria, op. cit.*

<sup>83</sup> Consulta del Consejo de Estado, 2 de noviembre de 1657 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.367). Relación de la muestra general, 26 de junio de 1658. Relación de la muestra que se pasó a la infantería imperial, 12 de septiembre de 1658 (AGS, Estado, Milán, legs. 3.375 y 3.376).

<sup>84</sup> Sobre el ultimatum francés al emperador, D. MCKAY & H. M. SCOTT: *The Rise of the Great Powers 1648-1815*, Londres 1983, p. 9.

intervencionismo en Italia dificultaba su elección. Por otro lado, las tropas imperiales que servían en Milán no fueron de demasiada utilidad en el campo de batalla, ya que su mando independiente, y la excesiva pasividad del conde de Enkevort, que para cualquier movimiento esperaba las órdenes de Viena, entorpecieron las operaciones militares planeadas por el conde de Fuensaldaña. De hecho, desde 1658 se intentará que las tropas imperiales cambiaran sus banderas por las españolas y juraran fidelidad a Felipe IV, para facilitar su manejo en Milán y asegurar su obediencia a los comandantes españoles, evitando así el embarazo que suponían para las negociaciones diplomáticas realizadas para garantizar el nombramiento imperial <sup>85</sup>.

Aunque durante 1658 y 1659 los ministros españoles volverán a pedir insistentemente el envío de refuerzos por parte del emperador, lo cierto es que se consiguió bastante poco, siendo algo más productivos los reclutamientos que ejecutaban y pagaban los españoles. A mediados de 1659 parecía que las negociaciones iban bien, y que los españoles obtendrían un importante socorro para defenderse de las agresiones francesas y de sus aliados. El emperador ofreció enviar cuatro de sus regimientos viejos para colaborar en la defensa de los Países Bajos –sin coste para las arcas españolas–, además de reclutar otros nueve regimientos en los estados patrimoniales de su casa, para que pudieran reforzar tanto Milán como Flandes, pagándose la recluta de estos últimos a cargo de los españoles. En total, entre las tropas del emperador y las nuevas reclutas, se enviarían unos 8.000 hombres a Flandes, 3.000 infantes y 2.000 caballos a Milán y una recluta de 1.200 infantes a Nápoles. Para las reclutas los españoles destinaron 108.000 *thalers* en Viena, de las consignaciones ordinarias, y otros 200.000 escudos que fueron enviados desde Flandes. Con este dinero se pagarían los gastos del reclutamiento, que se realizó tanto por los ministros del emperador como por agentes españoles, a los que se dio permiso para reclutar en el Tirol, dándoles las patentes en nombre del emperador <sup>86</sup>.

<sup>85</sup> Carta del conde de Peñaranda, Praga, 5 de enero de 1658. Carta del conde de Peñaranda, Frankfurt, 29 de marzo de 1658 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.368; D. MAFFI: *Il Baluardo della Corona...*, *op. cit.*, pp. 105-106).

<sup>86</sup> Consulta del Consejo de Estado, 5 de septiembre de 1658 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.368). Consulta del Consejo de Estado, 15 de marzo de 1659, AGS, Estado, Flandes, leg. 2.094. Consultas del Consejo de Estado, 6 y 22 de febrero, 7 de marzo, 24 y 27 de abril y 5 de mayo de 1659. Cartas del marqués de la Fuente, Viena, 5 de febrero y 5 de marzo de 1659 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.370).

Los refuerzos que tanto se esperaban en Flandes para el comienzo de la campaña militar –y así poder recuperar la plaza de Dunkerque, perdida el año anterior–, nunca llegaron. Las tropas imperiales se concentraron en la ciudad de Egra, que para los ministros españoles era poco apropiada por su situación geográfica, pero aunque se hicieron los preparativos necesarios nunca se enviaron a Flandes. En mayo el Consejo de Estado ya no esperaba esa ayuda militar, ante los problemas de paso planteados por los electores alemanes –a instigación de los enviados franceses–, por lo que intentaron que el emperador trasladase su ejército a Alsacia, para que al menos colaborase distrayendo a los franceses<sup>87</sup>.

El cese de las hostilidades con Francia, ante el inicio de las conversaciones de la paz de los Pirineos, mejoró la situación, aunque España siguió reclamando las tropas alemanas, tanto las que el emperador prometió como las que se habían reclutado con su dinero, ya que su pretensión era destinarlos para continuar la lucha en Flandes contra los ingleses que ocupaban la importantísima base naval de Dunkerque, mientras que los efectivos que se pedían para Italia se embarcarían a España para participar en la guerra contra Portugal. De hecho, aunque se había adelantado gran cantidad de dinero para reclutas, ningún hombre llegó a Flandes, y solo se consiguió que llegaran a Nápoles –a través del puerto de Trieste– poco más de la mitad de los hombres que se pidieron. Aunque las reclutas destinadas a Milán se realizaron, manteniéndose alojadas las tropas en Austria Superior durante cuatro meses a costa de las arcas españolas, el emperador no autorizó su salida. De hecho, el emperador se apropió de 2.000 de los reclutas que habían realizado los españoles. A pesar de las instancias del embajador las tropas no fueron devueltas, ni tampoco el dinero que se gastó en el reclutamiento y mantenimiento de los hombres, teniendo que desistir el embajador en sus pretensiones de recuperar el dinero, ante la cortedad de la hacienda imperial<sup>88</sup>. En esos momentos el Imperio parecía más interesado en

<sup>87</sup> Consultas del Consejo de Estado, 4 y 27 de mayo y 26 de junio de 1659. Traducción de un memorial presentado a los diputados del Imperio en Frankfurt, por Roberto Gravele, residente de Francia, 18 de marzo de 1659 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.370).

<sup>88</sup> Consultas del Consejo de Estado, 27 de mayo y 21 de junio de 1659 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.370). Consultas del Consejo de Estado, 27 de septiembre y 16 de noviembre 1659. Cartas del marqués de la Fuente, Viena, 21 de julio y 27 y 28 de agosto de 1659. Carta del marqués de la Fuente, Presburgo, 9 de septiembre de 1659 (AGS, Estado, Alemania, leg. 2.369). Relación de las partidas de dinero gastados en Alemania en levas de caballería y infantería para Flandes, Milán, 1 de septiembre de 1660 (AGS, Estado, Milán, leg. 3.378).

la guerra que mantenía con sus aliados en el norte<sup>89</sup> y en reforzar sus fronteras, ante las nuevas amenazas de los otomanos, que en apoyar la causa española.

### CONCLUSIONES

La década de 1640 fue una gran época de cambio en la alianza dinástica entre la corona española y el emperador. Antes de la sublevación de catalanes y portugueses, y del inicio de una guerra que afectaba al corazón de Castilla —que trastocó todo el sistema defensivo hispano—, los ejércitos imperiales y la corte de Viena habían sido uno de los destinos prioritarios del dinero español. Pero a partir de 1641 las cosas se complicaron mucho, y Alemania no será más un destino preferente de los fondos hispanos, que tendrán que emplearse en la península para formar varios ejércitos para combatir a franceses, portugueses y catalanes, además de seguir enviando amplias consignaciones económicas para el mantenimiento de los ejércitos de Flandes<sup>90</sup> y Milán<sup>91</sup>. A la falta de fondos se unió el declive militar imperial en la guerra, ya que tras la batalla de Tuttlingen (1643) perdieron todos los encuentros de importancia ante las tropas francesas, y sobre todo ante los ejércitos sueco-alemanes<sup>92</sup>. Durante los años siguientes la intención imperial se decantó hacia a la paz, debido a la mala situación demográfica y económica, y a las continuas destrucciones que había provocado la guerra, aunque curiosamente, dentro del Imperio, las tierras menos perjudicadas habían sido los estados hereditarios de los Habsburgo. También el elector de Baviera, que había sido un fiel aliado católico en la guerra, se mostró decisivo, ante su clara presión hacia el emperador para encontrar una solución

---

Consulta del Consejo de Estado, 10 de enero de 1660. Carta del conde de Peñaranda, virrey de Nápoles, 14 de octubre de 1659 (AGS, Estado, Nápoles, leg. 3.283).

<sup>89</sup> R. I. FROST: *The Northern Wars: War, State and Society in Northeastern Europe 1558-1721*, Longman 2000.

<sup>90</sup> Sobre esta financiación, A. MARCOS MARTÍN: “España y Flandes (1618-1648): la financiación de la guerra”, en J. ALCALÁ-ZAMORA & E. BERENGUER (coords.): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*, Madrid 2001, II, pp. 15-39.

<sup>91</sup> Para Milán, D. MAFFI: *Il Baluardo della Corona...*, *op. cit.*

<sup>92</sup> G. PARKER (ed.): *La Guerra de los Treinta Años*, *op. cit.*, pp. 222-233.

diplomática del conflicto, ya que sus tierras fueron en numerosas ocasiones ocupadas por los ejércitos suecos y franceses, llevándose las peores consecuencias de la guerra.

La paz de Westfalia marcó un antes y un después en las relaciones hispano-imperiales, saliendo a la luz las frustraciones de ambos aliados. Los imperiales exigían a España dinero, tanto el prometido previamente como nuevas cantidades para financiar, tras la desmovilización, el mantenimiento del ejército imperial en un estado aceptable. Los españoles, en cambio, achacaban a bávaros e imperiales el mal resultado de la guerra, acusándoles de la separación de las dos ramas de los Habsburgo, y de que podían haber contribuido con más en la guerra, sobre todo de cara a combatir a los franceses en Alsacia. Pese a todo, España aceptó la paz separada, pero a un alto precio para las relaciones entre las dos ramas de la Casa de Austria. Un hecho visible de este alto precio será la costosa devolución de Frankenthal al Imperio para dejar en mejor situación al emperador frente a los príncipes alemanes. Pese a la poca importancia de la plaza, los diplomáticos españoles hicieron pagar un alto precio económico a la devolución, sin duda algo que no se hubiera producido si la paz no se hubiera firmado unilateralmente. Durante los años siguientes, el emperador seguiría recibiendo dinero de España, aunque en menor cantidad, unos subsidios que servirían tanto para costear el mantenimiento de su ejército como para que permitiese el reclutamiento de amplios contingentes alemanes en las tierras hereditarias y en todo el Imperio. El modelo de colaboración militar cambiará hacia la incorporación en las filas hispanas de los soldados que habían luchado en nombre del emperador en la guerra.

En 1656 este modelo de colaboración militar volverá a cambiar, al producirse el envío a Milán de un ejército imperial, reducido, pero lo suficientemente importante como para trocar el transcurso de los acontecimientos. El apoyo imperial a España, aunque generoso, también escondía otras pretensiones, como restaurar su prestigio en Italia, castigar a Módena por haber alzado sus armas contra el emperador o colaborar en la defensa de Milán, que al fin y al cabo era territorio imperial, aunque bajo soberanía española. El socorro imperial, atrevido ante la situación interna, y en parte ilegal ante los tratados de paz, intentaba solucionar la apurada situación militar frente a los franceses en el estado milanes, ante el claro temor de que Luis XIII podía someter a toda la región bajo su dominio, algo que nunca llegaría a ocurrir. Pese a las fricciones, durante esta época, siempre hubo un claro entendimiento, y a pesar de las situaciones y

acontecimientos la alianza continuó. Aunque no siempre las expediciones militares de ayuda se produjeran, o fueran decisivas, Viena siempre permitió el reclutamiento de tropas alemanas en sus territorios a cambio de subsidios económicos. Esto fue sin duda una de las constantes de las relaciones entre España y el emperador durante la mayor parte del siglo XVII.